

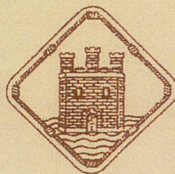
VOLUMEN XXXIII (2021)

# Anales COMPLUTENSES

VOLUMEN XXXIII  
(2021)

ISSN: 0214-2473

ANALES COMPLUTENSES



Institución de Estudios Complutenses  
Alcalá de Henares

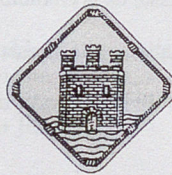




# Anales COMPLUTENSES

VOLUMEN XXXIII  
(2021)

ISSN: 0214-2473



Institución de Estudios Complutenses  
Alcalá de Henares



## Anales Complutenses XXXIII - 2021

### Dirección / Editors

F. Javier GARCÍA LLEDÓ (IEECC)

### Consejo Editorial / Publications Committee

Sandra AZCÁRRAGA CÁMARA (U. Autónoma de Madrid - Museo Arqueológico Regional)

Luis GARCÍA GUTIÉRREZ (Academia de San Dámaso)

Jorge GONZÁLEZ GARCÍA- RISCO (Universidad de Alcalá de Henares - IEECC)

Pilar LLEDÓ COLLADA (IEECC)

Germán RODRÍGUEZ MARTÍN (Museo Nacional de Arte Romano de Mérida)

José VICENTE PÉREZ PALOMAR (Ayuntamiento de Alcalá de Henares)

### Comité Científico / Advisory Boards

Enrique BAQUEDANO PÉREZ (Museo Arqueológico Regional. Comunidad de Madrid)

Julia BARELLA VIDAL (Universidad de Alcalá - Escuela de Escritura)

Helena GIMENO PASCUAL (Universidad de Alcalá - Centro CIL II)

Alberto GOMIS BLANCO (Universidad de Alcalá)

Ángela MADRID Y MEDINA (CECEL-CSIC)

Miguel Ángel MANZANO RODRÍGUEZ (Universidad de Salamanca)

Antonio MARTÍNEZ RIPOLL (Universidad de Alcalá)

Wifredo RINCÓN GARCÍA (CSIC)

Peter ROTENHOEFER (Kommission für Alte Geschichte und Epigraphik. Munich)

Esteban SARASA SÁNCHEZ (Universidad de Zaragoza)

### Edita:

Institución de Estudios Complutenses

PALACIO LAREDO

Paseo de la Estación, 10

28807 - Alcalá de Henares (Madrid)

Teléfono: 918802883 - 918802454

Correo electrónico: ieecc@ieecc.es

*Anales Complutenses* es una revista anual, editada por la Institución de Estudios Complutenses, que tiene como objetivo publicar artículos originales y reseñas con una cobertura temática amplia, aunque especialmente centrados en la historia de Alcalá de Henares y su entorno. Fue fundada en 1987 y, desde este año 2014 está bajo la dirección de Francisco Javier García Lledó. Está abierta a todos los investigadores que deseen utilizar sus páginas para dar a conocer sus trabajos y estudios. Los artículos recibidos son examinados tanto por el Consejo Editorial como por el Comité Científico, los cuales deciden sobre el interés de su publicación. **Los autores deben ajustarse estrictamente en la presentación de sus trabajos a las normas de presentación incluidas al final de este volumen.**

Las opiniones y hechos consignados en los artículos son responsabilidad exclusiva de los autores. La IEECC no se hace responsable, en ningún caso, de la credibilidad, veracidad, autenticidad y originalidad de los trabajos

Reservados todos los derechos: ni la totalidad ni parte de esta Revista pueden reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación o sistema de recuperación, sin permiso. Cualquier acto de explotación de sus contenidos precisará de la oportuna autorización.

Imprime:

Solana e hijos Artes Gráficas, S.A.U.

ISSN: 0214-2473

D.L: M-22933-1987



## ÍNDICE

Presentación	
LLEDÓ COLLADA, Pilar	7-8
Introducción a este número	
GARCÍA LLEDÓ, Francisco Javier	9

## ESTUDIOS

<i>La nieve en Alcalá de Henares, de Xarquíes a Filomena</i>	
ABELLÁN ROMERO, Miguel	13-43
<i>La casa del común de la tierra de Alcalá</i>	
CHAMORRO MERINO, Gustavo	45-73
<i>Platería complutense en la provincia de Guadalajara</i>	
ESTEBAN LÓPEZ, Natividad	75-89
<i>Evolución del paisaje fluvial de Alcalá: el Henares divagante, un Camarmilla trasladado y arroyos olvidados</i>	
GARCÍA LLEDÓ, F. Javier	91-112
<i>La arquitectura del agua: estudio de fuentes y abrevaderos en Alcalá de Henares en la edad moderna</i>	
LLEDÓ COLLADA, Pilar	113-136
<i>El estudiante de la universidad de Alcalá que odiaba a médicos y boticarios</i>	
MARTÍNEZ MARCOS, Alfonso Jesús	137-158
<i>Cofrades y cofradas de Santa María la Rica (s. XIV-XVI). Un reflejo de la sociedad complutense (I)</i>	
SÁNCHEZ MOLTÓ, M. Vicente	159-194



*Cofrades y cofradas de Santa María la Rica (s. XIV-XVI).*

*Algunos datos biográficos (II)*

SÁNCHEZ MOLTÓ, M. Vicente

195-217

*El escritor Manuel Azaña (1880-1940)*

SERRANO, Vicente Alberto

219-238

*La desaparecida casona de la calle de Santa Úrsula*

VÁZQUEZ MADRUGA, María Jesús

239-252

**LISTADO DE MIEMBROS DE LA INSTITUCIÓN**

255-258

**NORMAS GENERALES PARA COLABORADORES**

259-268

## EL ESCRITOR MANUEL AZAÑA (1880-1940)

Vicente Alberto Serrano

### RESUMEN

El alcalaíno Manuel Azaña Díaz es bastante conocido en su faceta como político, pero no tanto como escritor, a pesar de haber obtenido el Premio Nacional de Literatura en 1925. En este artículo se hace un recorrido por sus principales obras literarias, desde “El jardín de los frailes” hasta “La velada de Benicarló”, pasando por la novela inacabada “Fresdeval”, intento de contar la historia de Alcalá de Henares a través de dos familias enfrentadas. Este recorrido literario, que abarca varias fases vitales de Azaña, se ha contrapuesto con otros grandes escritores, que en cierto sentido se han entrecruzado en su vida y obra, como son Julio Verne, Juan Valera. André Malroux y Antonio Machado.

**Palabras clave:** *Manuel Azaña, Alcalá de Henares, literatura, guerra civil española, exilio, Juan Varela, André Malroux, Antonio Machado*

### ABSTRACT

Manuel Azaña Díaz, one of the most famous inhabitants from Alcalá, is quite well-known in his facet as a politician, but not so much as a writer, despite having obtained the National Literature Award in 1925. This article goes over his main literary work, from “El jardín de los frailes” to “La velada de Benicarló”, passing through the unfinished novel “Fresdeval”, an attempt to tell the story of Alcalá de Henares through two confronting families. This literary journey covers Azaña’s several vital phases. It has been compared with the literary work of other great writers who have had an influence on his life and work, such as Julio Verne, Juan Valera, André Malroux and Antonio Machado.

**Keywords.** Manuel Azaña, Alcalá de Henares, literature, Spanish Civil War, exile, Juan Varela, André Malroux, Antonio Machado

Vicente Alberto Serrano

RESUMEN

El estadista Manuel Azaña Díaz es bastante conocido en su país como político, pero no tanto como escritor a pesar de haber obtenido el Premio Nacional de Literatura en 1925. En este artículo se hace un recorrido por sus principales obras literarias desde "El jardín de los frailes" hasta "Los ventos del benicarlí", pasando por la novela inacabada "Frederick", así como se cuenta la historia de Alcalá de Henares a través de dos familias entrelazadas. Este recorrido literario que abarca varias fases vitales de Azaña se ha contrastado con otros grandes escritores que en ciertos aspectos se han enlazado en su vida y obra, como son Julio Varela, Juan Varela, Azaña Malroux y Antonio Machado.

Palabras clave: Manuel Azaña, Alcalá de Henares, literatura, guerra civil española, Juan Varela, André Malroux, Antonio Machado

ABSTRACT

Manuel Azaña Díaz, one of the most famous politicians from Alcalá, is quite well-known in his facet as a politician, but not so much as a writer, despite having obtained the National Literature Award in 1925. The article goes over his main literary work from "El jardín de los frailes" to "Los ventos del benicarlí", passing through the unfinished novel "Frederick", as well as to tell the story of Alcalá de Henares through two entwining families. This literary journey covers Azaña's several vital phases. It has been compared with the literary work of other great writers who have had an influence on his life and work, such as Julio Varela, Juan Varela, André Malroux and Antonio Machado.

## INTRODUCCIÓN

“Yo no soy un escritor; desconozco el arte de ensamblar palabras y aderezar períodos con soltura, elegancia y precisión”.

“Yo no soy escritor, y, además, ¿sobre qué escribir? No conozco el mundo; mi vida es llana, sin aventuras, prosaica; nunca se me ha ocurrido algo que valga la pena de ser contado, ni me he forjado una caprichosa explicación del mundo, a cuyos fenómenos asisto con impasible estupefacción; soy un hombre insincero, superficial, atormentado por una ambición gigantesca y desapoderada cuyos azares y las torturas que me han traído a nadie pueden interesar... Pero entonces ¡por qué escribo!”

Dos fragmentos que pertenecen a “La vocación de Jerónimo Garcés”; el final de esta novela está fechado en Alcalá de Henares, el 13 de julio de 1904. Una obra inacabada, abandonada, secuestrada y hallada posteriormente entre los papeles incautados en Pyla-sur-Mer, en 1940, cuando fue detenido Cipriano de Rivas Cherif en una operación conjunta de las policías alemanas y españolas. Papeles que aparecieron en 1984 en dependencias de la Dirección General de Seguridad y fueron entregados por el gobierno español a la viuda de Azaña, residente en México.

Al parecer una primera lectura despertó el nulo entusiasmo de su amigo Guillermo Pedregal, quien le sugirió que siguiese trabajando en ella, pues desde su punto de vista aquellas cuartillas requerían aún mucho pulimiento. Sin embargo, sin el consentimiento del autor, se las pasó a Juan Uña. “Guillermo, sin contar conmigo, prestó el manuscrito a Uña, que me encontró un día en el Ateneo y me reprobó como escritor. Quiero recordar que me desalentó el juicio de Uña más que no me animó la opinión de Pedregal”. Anotación que pertenece a su diario el 17 de junio de 1927, a raíz de la publicación en libro de “El jardín de los frailes”.

Fue así como aquella primera incursión en la novela y su ambicioso proyecto de una gran saga alcalaína quedó relegada en un cajón, esperando tiempos mejores y calmados que nunca llegaron, ni para Valtierra –así denominaba su ciudad natal en sus páginas–, ni para “Fresdeval”.

## EL JOVEN AZAÑA SE EMBARCA CON JULIO VERNE EN EL “NAUTILUS” DE LA HISTORIA

Alcalá de Henares, finales del siglo XIX. La ciudad se consume entre los restos de un pasado de esplendor que –poco a poco– ha ido



desdibujándose, desmoronándose por entre las grietas de unos edificios universitarios que ya hace tiempo no conocen función alguna. Apenas diez mil habitantes, la mayoría de ellos volcados a una agricultura de tierras siempre mal repartidas. Una milicia deslucida que lleva sobre sus guerreras la caspa de una permanente intuición de derrota. Abundante clero compuesto por canónigos pobres consiguiendo el sueldo cantando en el coro de la Magistral. Los conventos en su mayoría reducidos al cascarón, sin casi frailes ni monjas. Cárceles atiborradas de hombres y mujeres, perfilados en ventanucos enrejados mirando hacia el río en busca de la nada. En suma, un poblachón manchego al que los rasgos de decadencia se le acusan con escandalosa precisión ante la luz tan intensa de los largos y extremosos veranos.

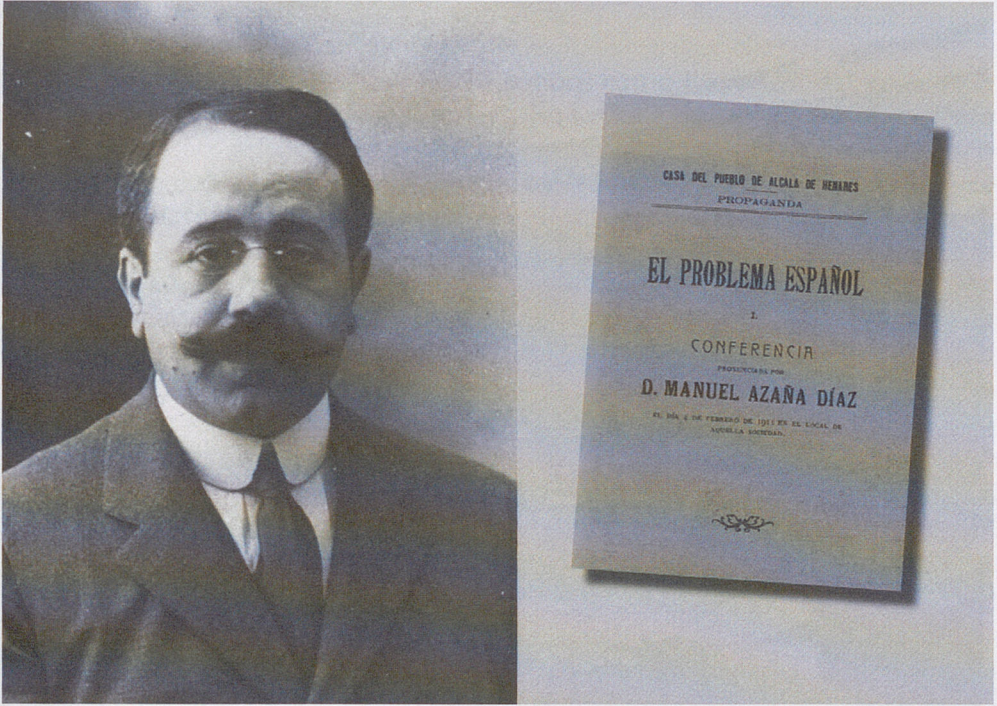
Número tres de la calle de la Imagen. Un verano cualquiera de mil ochocientos noventa y tantos. Un joven desgrana las largas tardes en la biblioteca del abuelo. En una de las salas bajas que dan a la calle, con las persianas echadas y el único rumor de las mujeres acercándose a la fuente del hospitalillo. El joven Azaña, abatido también como su propia ciudad –entre los restos de un pasado familiar sembrado de tantas muertes tempranas– se sumerge por completo en otra realidad. En la lectura de las aventuras de Fenimore Cooper, de Mayne Reid y de Julio Verne, tratando de abrir así los estrechos límites de su geografía personal.

Julio Verne terminó convirtiéndose –junto a Emilio Salgari– en el punto de referencia de las primeras lecturas de muchas generaciones. Podríamos resumir afirmando que representa la imagen de la concepción optimista del progreso ante los avances técnicos y científicos de su tiempo.

Para un joven –encerrado en sí mismo, huérfano a edad tan temprana, amando sobre todo sus objetos más cercanos, sus libros, la luz tamizada del verano, los olores y aquel caserón con tantas voces ya extinguidas– estos autores debieron suponer la ruptura de las compuertas de un ansia de aventura contenida. (Fotografía nº 1)

En Alcalá –a ocho kilómetros de Meco, la población más distante de cualquier punto de las costas ibéricas– Azaña añoraba apasionadamente el mar, soñaba con una vida errante, deseaba ser el capitán Nemo, aquel personaje de Julio Verne que, asqueado de la sociedad, se construyó un mundo personal dentro del Nautilus y navegó con él más de veinte mil leguas de viaje submarino.

Sin embargo, la trayectoria vital de Manuel Azaña nunca recorrerá grandes distancias. Seguirá por otros derroteros siempre apegados a la tierra: El Escorial, Madrid, sus queridas brisas del Henares, el deslumbramiento de París, un esporádico viaje a Italia, Bélgica y poco más.

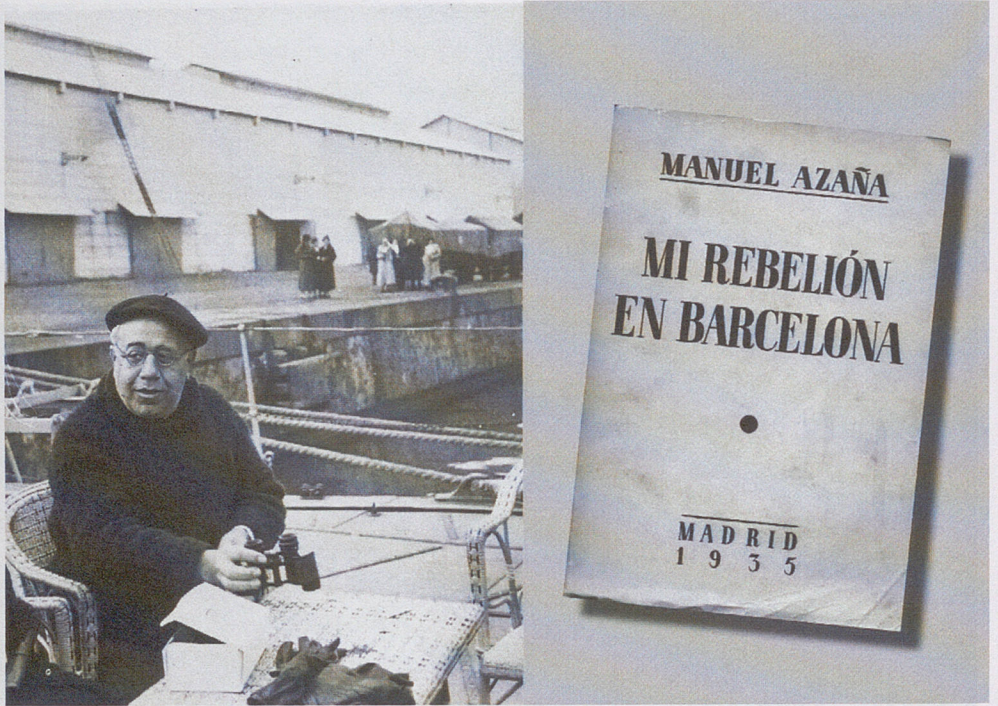


*Fotografía nº 1.* Manuel Azaña de joven y portada de su conferencia El problema español.

Paradójicamente la única aventura marítima para Azaña tendría lugar en octubre de 1934, cuando detenido por el Gobierno de Lerroux, acusado de complicidad con la huelga de Asturias y la Generalitat Catalana, es encarcelado en el barco-prisión "Sánchez Barcaiztegui", anclado en el puerto de Barcelona. (Fotografía nº 2)

Marinero en tierra, el antihéroe de Verne, lo podemos contemplar, en las fotos de la época, en la popa del barco, con el muelle del puerto tan cercano como el muro de una cárcel, sentado en un anacrónico sillón de mimbre, tocado con una boina, con jersey marinero, unos prismáticos en las manos y la mirada perdida hacia un tiempo pasado que prometía haber sido mejor. Aún le quedarán otros seis años de vida, los más intensos y desgarradores de nuestra reciente historia civil.

Atrás quedaron olvidados, en la sala baja de la calle de la Imagen, aquellos cálidos volúmenes de Julio Verne, el escritor francés que desde niño también estuvo obsesionado por el mar. Atrás quedaron olvidados para Azaña esos sueños de configurar un universo literario con lenguaje propio.



Fotografía nº 2. Manuel Azaña preso en el buque Sánchez Barcaiztegui y la portada de *Mi rebelión en Barcelona*.

Contemplando la ruina de su país –rematado por los acontecimientos del 98– decidió cambiar la aventura lejana por la acción cercana. Se embarcó en su “Nautilus” particular, en el utópico proyecto de la regeneración cultural y así, en febrero de 1911, se dirige a sus paisanos en la Casa del Pueblo local para tratar de analizar las causas de un atraso ancestral que solo puede encontrar solución en la cultura, la instrucción; motor fundamental de cualquier cambio o reforma.

El apasionado lector de Julio Verne, el joven que creyó –en solitarias tardes de verano– que todos los progresos científicos que se relataban en aquellas novelas nos conducirían hacia un mundo mejor, forjó su personal aventura con un prólogo esperanzador como fue aquella conferencia de 1911 titulada “El problema español”. Pero acabaría con un epílogo desgarrador en Montauban los primeros días de noviembre de 1940.

*El jardín de los frailes*

Un ejemplo claro de lo que se conoce como literatura del yo, es, sin lugar a dudas, “El jardín de los frailes”. En la línea de ese magnífico Retrato de un artista adolescente de James Joyce que muy tempranamente tradujo al castellano Dámaso Alonso bajo el seudónimo de Alfonso Donado, y de A.M.G.D., claro ajuste de cuentas de Ramón Pérez de Ayala con los jesuitas, se encuentra esta especie de novela experimental, acorde con las tendencias estéticas de los narradores de la generación del 27.

Manuel Azaña tuvo el valor de publicar –sin pudor alguno– extensos fragmentos de “El jardín de los frailes” en la revista “La Pluma” en 1920, pero no fue hasta 1927, –el autor ya contaba cuarenta y seis años–, cuando editó en forma de volumen, estas confesiones de un adolescente que desde el encierro del internado de los agustinos en El Escorial despierta a la vida. Confesiones íntimas, narradas con la madurez y profundidad que da el paso del tiempo y la distancia. *El jardín de los frailes* tal vez falle en su pretendida estructura de novela, sin embargo, con un lenguaje que es un continuo ejercicio de estilo, una auténtica filigrana, aporta inestimables datos para esbozar el retrato de un desconocido. (Fotografía nº 3)



Fotografía nº 3. La fachada de la casa de Manuel Azaña en la calle de la Imagen y la portada de *El jardín de los frailes*.

## GENIO Y FIGURA: MANUEL AZAÑA SE CONTEMPLA EN EL ESPEJO DE DON JUAN VALERA

En el patio del Casino de Cabra, fijado a una de las paredes de la galería que lo circunda, en generosa placa de azulejos, se recoge un extenso texto de don Juan Valera. Pertenece a *Pepita Jiménez* y es, simplemente, la descripción minuciosa –escrita en 1873– de este lugar. Hoy todo permanece igual, las macetas de donpedros, rosas, claveles y albahacas, las sillas y algunas butacas, las paredes encaladas... Los personajes que se refugian al fresco del patio en esta hora de la siesta, parecen anclados en el tiempo, como si acabaran de charlar con Currito o Don Luis sobre las virtudes físicas y morales de Pepita Jiménez. Se le atribuye a Stendhal aquella definición de la novela como un espejo puesto a la vera de un camino. Aquí el texto de la cerámica y la realidad se confunde como un juego de espejos en que los personajes reales tratasen de imitar a los de una ficción que creara su paisano, allá por la segunda mitad del siglo XIX. Casi todas las novelas de Valera transcurren alrededor de un limitado espacio geográfico que se expande a través de huertas y campos de olivos de Cabra a Doña Mencía.

Manuel Azaña, en las primeras páginas de *El jardín de los frailes*, lleva a cabo un exhaustivo recuento de sus lecturas juveniles; comenta como devoró con manifiesto estrago de su paz interior cuantos libros de imaginación descubrió en la biblioteca de su abuelo: Scott, Dumas, Sue, Chateaubriand, algo de Hugo y sus secuaces españoles. Relata que de aquella prueba salió entendiendo la locura de Don Quijote y con una afición precoz a leer de todo. Más adelante, ya en El Escorial, el padre Blanco tratará de enmendar su gusto dándole a leer a Pereda. “Diome más adelante “Pepita Jiménez”. Me aburrí”.

Azaña escribe y publica los primeros fragmentos de “El jardín de los frailes” en 1920, con cuarenta años, cuando los recuerdos de su infancia y El Escorial están lo suficientemente lejanos en el tiempo como para poder reelaborarlos a su gusto, por eso entendemos que este comentario a la novela de Juan Valera no deja de ser un guiño muy personal a su posterior trayectoria. Incluso tres años más tarde en el ensayo *¡Todavía el 98!* aún se empecina en afirmar: “Valera no es mi tipo, ni en lo moral ni en lo literario”.

Un año después, en 1924, se celebra el Centenario de Don Juan Valera. A través de Cipriano Rivas Cherif, la hija de Valera –descontenta por los nulos resultados del centenario– anima a Manuel Azaña a preparar una biografía sobre su padre, concediéndole, como aliciente, la entera libertad de poder acceder a toda la documentación de don Juan Valera, celosamente guardada hasta entonces por ella.

Poco a poco se debió ir configurando en Azaña una atracción y empatía tan sólida hacia el personaje que dio como resultado una biografía

merecedora del Premio Nacional de Literatura de 1926, el mismo que el año anterior ganara Rafael Alberti con “Marinero en tierra”.

La obra literaria de Manuel Azaña siempre ha parecido estar perseguida por la amenazante sombra de la desdicha. Esta “Vida de don Juan Valera” es su ejemplo más emblemático; sin conseguir llegar a publicarla, el manuscrito presentado al Premio Nacional parece ser que pereció en el fuego purificador del incendio del Archivo General y su manuscrito personal terminó perdiéndose.

Juan Marichal logró reunir en el tomo primero de las “Obras Completas”, bajo el epígrafe de “Crítica literaria”, todo que le fue posible recuperar de escritos sobre Valera. Más tarde, con el título de “Ensayos sobre Valera”, se editó en la colección Alianza de bolsillo con un breve prólogo del propio Marichal. Solo con los textos supervivientes uno ya puede darse idea cabal de como el escritor egabrense logró calar en la sensibilidad del escritor alcalaíno.

El paralelismo Valera-Azaña no pretende ser forzado, trata solamente de abrir una vía de comprensión al Azaña novelista que pudo ser y no fue. Los elementos manejados eran los mismos, el entorno y los personajes más cercanos de cada uno de los autores: sus ciudades de origen, Cabra y Alcalá. Los resultados, diametralmente opuestos; en el caso de Valera estamos ante un abundante material literario perfilado y acabado que se inicia con una obra maestra “Pepita Jiménez”, escrita en la madurez creativa de los cuarenta y nueve años y en Azaña tan solo ante el esbozo –“Fresdeval”– de un ambicioso proyecto literario comenzado en 1930, a los cincuenta años, pero inacabado por las circunstancias de todos conocidas.

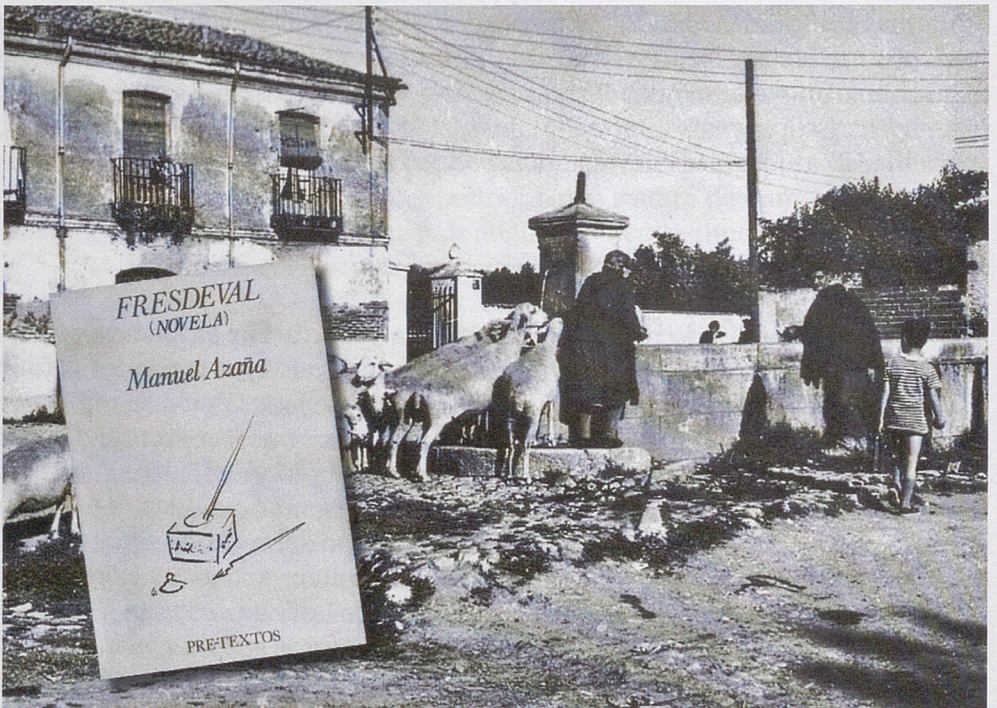
### *Fresdeval*

Cuando el 12 de diciembre de 1930 la sublevación preparada por los republicanos fracasa y dos días más tarde son fusilados los capitanes Fermín Galán y García Hernández, por el levantamiento de Jaca, Azaña se refugia en casa de su suegro haciendo correr el rumor de encontrarse en Francia. En este tenso compás de espera y hasta abril del año siguiente, Manuel Azaña construye todo el andamiaje de *Fresdeval*, su obra literaria más ambiciosa. Llega a terminar incluso el primer capítulo y avanza en la construcción del segundo. Sin embargo, tras el 14 de abril, los acontecimientos se precipitan, abandona entonces el proyecto que ya no lo retomará hasta el fracaso de las izquierdas en 1933. Más tarde la rebelión de Barcelona, la revolución de Asturias, su encarcelamiento en el buque-prisión “Sánchez Barcaiztegui” y posteriormente la intensa campaña con el Frente Popular, hace que arrincone casi definitivamente los borradores de la novela hasta los días amargos del exilio.

El hispanista italiano Franco Meregalli se atrevió a comparar *Fresdeval* con *El ruedo ibérico* de Valle-Inclán, llegando a afirmar que la riqueza léxica en Azaña supera a casi todos los grandes prosistas españoles de su época (Unamuno, Azorín, Baroja, Valle Inclán, Pérez de Ayala, Miró). Sin embargo –escribe Meregalli–

“...esta espontánea riqueza léxica se inserta en un esfuerzo estilístico. Decididamente Azaña quiere escribir bien... [llegando]...a un despedazamiento sintáctico de origen barroco. Muchas veces da la impresión de que el flujo narrativo no es lo suficientemente vigoroso...” (Meregalli, 1980: 148).

No debemos olvidar en ningún momento que las circunstancias y el destino trágico de Azaña frustraron, entre otras muchas cosas, la trayectoria de un valioso novelista. “*Fresdeval*” es una novela inacabada, tan sólo hilvanada entre la precipitación de momentos críticos de nuestra historia contemporánea. Sin embargo en ella se percibe el ambicioso proyecto de una saga alcaláina. (Fotografía nº 4)



Fotografía nº 4. El abrevadero de la Puerta del Vado y la portada de *Fresdeval*.



## DE LA SIERRA DE TERUEL A LAS PLAYAS DE BENICARLÓ: MALRAUX Y AZAÑA FRENTE A LA GUERRA CIVIL

Nuestra desgarradora contienda civil del 36 fue entendida por algunos intelectuales extranjeros –al menos en sus comienzos– como la última guerra romántica. Tal vez por eso el controvertido escritor francés André Malraux, debió creerse un nuevo Lord Byron cuando recién sublevados los militares de África se presentó en España para llevar a cabo su personal cruzada antifascista.

El 27 de julio de 1936 el periódico “L’Humanité» ya publicaba un telegrama de Malraux, expedido desde Madrid, en el que desmentía el supuesto cerco en torno a la capital del que hablaban en París los periódicos de derechas. Ante la vergonzosa política de no intervención por parte de Francia y con la amenaza de la ayuda militar de Italia y Alemania a las fuerzas insurgentes, Malraux regresa a París con la sola idea de conseguir una escuadrilla de aviones y contratar pilotos experimentados “para luchar heroicamente con el pueblo español por la causa de la humanidad entera”. Lo consiguió y pronto contó con cuatro aparatos “Potez” que más tarde se incrementarían hasta veinte. Se estableció al principio, durante el verano, en el aeródromo de Barajas, estrenando su flamante graduación de teniente coronel otorgada por el Ministerio del Aire español. Más tarde, cuando comienza el otoño, son trasladados por el Estado Mayor a la base de Alcalá de Henares.

Después de un ataque con bombas de 250 kilos Malraux acometió un nuevo traslado de sus pilotos desde Alcalá a Albacete, que curiosamente coincide con el traslado del gobierno de Azaña a Valencia por considerar igualmente el riesgo que suponía Madrid en aquellos momentos.

Se dice que la Guerra Civil Española ha sido el conflicto bélico que más literatura ha generado en toda la historia. Estoy seguro que cada uno de nosotros guarda en su recuerdo al menos media docena de títulos que le conmocionaron y con los que trató inútilmente de entender aquella furia fratricida. En mi lista personal junto a “La forja de un rebelde” de Arturo Barea, destacan dos obras que considero esenciales para tratar de analizar aquel conflicto: “La esperanza” de Andre Malraux y “La velada en Benicarló” de Manuel Azaña. La primera es el exaltado canto épico de Manuel, brillante intelectual comunista al que los gestos heroicos en la Sierra de Teruel le sirven de telón de fondo a su ansia de aventura y a su deseo de transformar el mundo. *La velada* es tan solo el clarividente lamento íntimo —a varias voces— de la derrota, entonado en las playas de Benicarló, con la dramática



intuición de una guerra perdida a través de un personaje como Garcés, un intelectual republicano tocando el fondo de la nada.

“La esperanza” de André Malraux comienza la noche de la insurrección militar narrada desde Madrid a través de llamadas telefónicas, que, con dinámico lenguaje cinematográfico, en unas cuantas páginas, nos logra poner al tanto de la situación en todo el país. Acaba tras la victoria en el frente de Guadalajara, con el protagonista Manuel que, tras deambular por las calles desoladas y destrozadas de Brihuega, termina junto a un pequeño fonógrafo escuchando las sinfonías de Beethoven. Aparte del dinamismo de la narración y de esa especie, a veces, de manifiesto de propaganda, *La esperanza* también recoge en sus páginas, extensas conversaciones en las que sus protagonistas se cuestionan, con una gran carga de crítica, el bolchevismo y su oportunismo instrumentalizador y manipulador. En plena guerra y gracias a la mediación de amigos comunes (Bergamín y Max Aub) Malraux logra entrevistarse con el Presidente de la República para conseguir una ayuda económica con la que llevar a cabo la versión cinematográfica de su novela. Manuel Azaña, al que no se le conoce gran afición por el cine, accede sin embargo a coproducir la película a través de la Subsecretaría de Propaganda del Ministerio de Estado y así, con el título de “Sierra de Teruel”, dirección de André Malraux, Max Aub como uno de los guionistas y el actor Andrés Mejuto en el papel protagonista, tras lógicos avatares, la película logra estrenarse en París, con carácter privado, en julio de 1939, con la presencia de Juan Negrín y alguno de los ministros de la República en el exilio.

A partir de octubre de 1936, cuando el gobierno se establece en Valencia y el presidente en Barcelona, Azaña viaja con frecuencia entre las dos ciudades, pernoctando a veces en el Parador de Benicarló; es aquí donde sitúa la acción de la que es posiblemente su mejor obra literaria. En el atardecer de un día de marzo, el doctor Lluch se traslada en su coche de médico con dirección a Valencia; le acompañan dos oficiales republicanos, un exdiputado y Paquita Vargas, una actriz de teatro. Deciden pasar la noche en un albergue de la costa levantina y se encuentran allí con el ex-ministro Garcés, el abogado Marón, el escritor Morales, el prohombre socialista Pastrana y el propagandista Barcala. Al anochecer, a la orilla del mar, se entabla un diálogo que irá derivando en una discusión sin interrupción que parece infinita hasta casi alcanzar el punto muerto. Cuando comienza a amanecer una escuadrilla de aviones bombardea el pueblo. “Del albergue quedan montones de ladrillos, que expiran humo negro, como si los cociesen otra vez. Los aviones rumbo al este, brillan a los rayos del sol, invisible desde tierra”. Así acaba Manuel Azaña “La velada en Benicarló” en abril de 1937, el mismo año que se publica en París “L’espoir” de André Malraux.

Desde el primer momento, (concretamente desde septiembre del 36 ante la política de no-intervención) Azaña está seguro de que la República perderá la guerra. Desea la paz:

“Ya sé yo que estando arraigada como está en el carácter español la violencia, no se puede proscribir por decreto, pero es conforme a nuestros sentimientos más íntimos el desear que haya sonado la hora en que los españoles dejen de fusilarse los unos a los otros”.

En “La velada en Benicarló” se contiene, sin lugar a dudas, un inmejorable resumen del pensamiento político de Azaña. Personajes con apellidos de connotaciones netamente alcaláinas (Marón, Garcés, Pastrana, Barcala...) encierran fieles perfiles de protagonistas reales de aquel drama, como puedan ser: Indalecio Prieto, Negrín, Largo Caballero, Besteiro, Fernando de los Ríos... sin embargo este “Diálogo de la guerra de España” es sobre todo un monólogo, un monólogo desde el dolor. Los personajes se desdoblán y terminan siempre reflejándose en el propio Azaña. Y al final, tras la amargura de ese grito desesperado, al menos logramos descubrir y admirar la razón y la humanidad de un político interrogándose asimismo, con la mayor objetividad pero también con la mayor dureza, ante el fracaso de su República.

El prólogo de “La velada”, escrito posteriormente, en fecha tan significativa como pueda ser mayo de 1939, contiene la más desgarradora declaración de dolor frente al drama de aquellos tres años: “En tiempos venideros, variados los nombres de las cosas, esquilados muchos conceptos, los españoles comprenderán mal por qué sus antepasados se han batido entre sí más de dos años; pero el drama subsistirá, si el carácter español conserva entonces su trágica capacidad de violencia apasionada. Percibirlo así, una vez más, en la plenitud de la lucha fratricida, ha llevado al ánimo de algunas personas a tocar desesperadamente en el fondo de la nada”.

### *La velada de Benicarló*

La tarde del 23 de febrero de 1981 coincidieron en la cartelera madrileña. y en edificios peligrosamente cercanos, dos espectáculos “teatrales” de muy distinto signo. Mientras en el Teatro Bellas Artes, José Bódalo encarnaba, como cada tarde, al personaje central de *La velada en Benicarló* enfrentándose dialécticamente a Agustín González en el papel del socialista Pastrana; a pocos metros, en Las Cortes, un guardia civil, actor

mediocre de dicción espantosa, pretendía poner en pie una trágica opereta retransmitida en directo para toda España. La fuerza de la palabra frente a la barbarie —una vez más— de los uniformes y las armas.

Afortunadamente la crítica, pero sobre todo la razón, se inclinaron por la democracia y por el magnífico espectáculo de José Luis Gómez que, con la ayuda de J.M. Gabriel y Galán, habían logrado el difícil proyecto de sintetizar para un escenario la obra más intensa y desgarradora del escritor Manuel Azaña.

Frente al éxito fulgurante de *La esperanza* de Malraux, llevada inmediatamente al cine; “*La velada en Benicarló*” no llegó a publicarse en castellano hasta terminada la guerra, en 1939, por la editorial argentina Losada. Había sido traducida al francés un año antes, editada por Gallimard en París y posteriormente, ya en 1967, el conocido escritor italiano Leonardo Sciascia editó su versión en Einaudi de Milán. Hasta 1974 no se publicó en España, en la editorial Castalia, en magnífica edición de Manuel Aragón.

La figura de Azaña, vilipendiada hasta la paranoia por la derecha española, conoció también el desprecio de la izquierda en el exilio, a raíz de la publicación de este texto clarificador, pero sobre todo sincero, de un espectador de excepción. Más tarde su pensamiento, falto de una fuerza política que sustentara y reivindicara su propiedad, sigue sirviendo de comodín para partidos de uno u otro lado que han descubierto en él, el filón inagotable —escaso en otros— del humanismo en política. No deja de ser significativo que mientras “*La esperanza*” conoce continuas reediciones, incluso en bolsillo, *La velada*, hasta hace pocos años estuvo descatalogada, tanto en su versión original como en la teatral. Afortunadamente la editorial Edhasa ha recuperado la edición de Manuel Aragón y la editorial Reino de Cordelia encargó a José Esteban e Isabelo Herreros un estudio que sirviese de prólogo a *La velada*, ya que ese texto supone un ejercicio desde la libertad para comprender, por nosotros mismos, el papel de todos y cada uno de los partidos políticos en aquella absurda contienda que desgarró un país.

## PAZ, PIEDAD Y PERDÓN, ANTONIO MACHADO Y MANUEL AZAÑA CAMINO DEL EXILIO

“Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara”.

Desde hace años este breve texto de Jorge Luis Borges lo llevo íntimamente asociado a dos de las imágenes que más me llegaron a conmover cuando comencé a tratar de entender por qué los españoles pasaron casi tres años matándose los unos a los otros. Las últimas fotos de don Antonio Machado y de don Manuel Azaña, representan para mí el emblema de la geografía del dolor, sus miradas simbolizan el desgarramiento de todos los exilios; de aquellos niños pereciendo de frío o pisoteados esperando que Francia abriera sus fronteras, de los numerosos suicidios en el alicantino Campo de los Almendros al no poder soportar por más tiempo contemplar los supuestos barcos salvadores sin acercarse a la costa, de cárceles repletas, de fusilamientos en masa..., y también me evocan el desgarramiento de aquel otro exilio interior, de los que regresaron a sus casas destrozadas, engañados de que eran las tropas victoriosas; de tanto tiempo de silencio, de tanto odio inculcado, de tanta desconfianza, de tanta tristeza, de tanta miseria. Qué largo exilio para los unos y para los otros. (Fotografía nº 5)

Dos hombres se propusieron —cada uno a su manera— la tarea de redibujar y regenerar España. A lo largo de los años poblaron un espacio, que



Fotografía nº 5. Retratos de Manuel Azaña y de Antonio Machado en su madurez.

creían de todos, con poemas y utopías. Poco antes de morir no sé si llegarían a descubrir que ese paciente laberinto de versos, ideas y proyectos de futuro, se había enredado en las arrugas de su rostros logrando trazar la más aterradora imagen de tristeza.

Las “Poesías completas” de Antonio Machado acaban con un último y único verso repleto de esperanza: “Estos días azules y este sol de la infancia”. Lo encontraron, en un papel arrugado en el bolsillo de su viejo abrigo, pocos días después de morir el poeta.

El último discurso pronunciado por Manuel Azaña, tuvo lugar en el Ayuntamiento de Barcelona el 18 de julio de 1938, acababa con aquellas implorantes palabras, también repletas de esperanza: “Paz, Piedad y Perdón”.

Años antes, en tiempos de tormenta barruntando violencia, en febrero de 1936, Antonio Machado y Manuel Azaña, que formaban parte, junto al Dr. Hernando y Julio Álvarez del Vayo, del Comité Español de Escritores por la Defensa de la Cultura, coincidían con sus firmas en el manifiesto de la Unión Universal por la Paz.

Tres años más tarde sus nombres volvían a reencontrarse en la cubierta de un libro de Manuel Azaña, prologado por Antonio Machado, con el irremediable título de “Los españoles en guerra”; publicado en Barcelona en enero de 1939; la edición sería destruida posteriormente por los vencedores. (Fotografía nº 6)

La noche del 27 de enero de 1939, con un frío intenso y una lluvia torrencial, Antonio Machado recorre los últimos seiscientos metros que le separan del puesto fronterizo. Abandonadas en medio de la carretera por los chóferes de las ambulancias que los han traído desde Figueras, las cuarenta personas que le acompañan logran pasar bajo la cadena de hierro de la frontera cerrada, entre ellas, su madre, cargada a la espalda del escritor Corpus Barga, su hermano José, el filólogo Navarro Tomás y el poeta catalán Carles Riba. Al entrar en Francia, Don Antonio se desmaya por el cansancio y tiene que ser llevado en brazos hasta la caseta del comisario. Veinticuatro horas más tarde salen en tren para Collioure donde serán acogidos caritativamente en el Hotel Quintana. El 15 de febrero el poeta, gravemente enfermo, empeora, y el día 22 muere. Tenía 63 años. Al día siguiente seis milicianos andaluces de la brigada Líster, fugados de un campo de concentración cercano, transportan el féretro, envuelto en la bandera republicana, hasta un nicho frente al mar en el cementerio de Collioure.

Al amanecer del día 5 de febrero de 1939 Manuel Azaña cruza a pie la frontera francesa por el paso cercano al pueblo de La Vajol. Le acompañan Diego Martínez Barrio, presidente de las Cortes; Juan Negrín, presidente de gobierno y alrededor de veinte personas, sumando séquito y familia, entre



*Fotografía nº 6.* Imagen de un grupo de republicanos con fondo de destrozos provocados por la Guerra Civil y portada de *Los españoles en guerra*.

ellos, su mujer Dolores; su cuñado Cipriano Rivas Cherif y su secretario Santos Martínez. En la cuesta que separaba el pueblo de la frontera, el coche de Martínez Barrio se avería y atasca en el barrizal al resto de los vehículos del séquito. Al entrar en Francia el Presidente de la Segunda República, los carabineros se cuadran y presentan armas, don Manuel devuelve el saludo e inicia camino hacia Collonges-sous-Salève en la Alta Saboya. Meses más tarde, en carta dirigida a Ángel Ossorio, exiliado en Buenos Aires, Azaña le describirá la imagen dantesca de su salida de España. En noviembre del mismo año, ante la inminencia de la declaración de guerra, Manuel Azaña y su familia se trasladan hasta la costa atlántica, a Pyla-sur-mer pueblecito cercano a Burdeos. En febrero de 1940 surgen los primeros síntomas de la enfermedad cardiaca que sufre Azaña, en junio se produce la derrota de Francia y la desaparición de la Tercera República con la creación de un nuevo estado presidido por el mariscal Petain. La zona de Burdeos se convierte en territorio ocupado lo que obliga a Azaña a un nuevo traslado, primero a Perigueux y finalmente a Montauban, cerca de Toulouse, dónde llega con

su esposa el 29 de junio. A mediados de septiembre, ante la sospechosa presencia de un grupo de falangistas y policías españoles que pululan por la ciudad, el ministro de México, por orden expresa del Presidente Cárdenas, traslada a Azaña al Hotel Midi, declarando territorio consular mexicano toda la primera planta. El 31 de octubre llega hasta Montauban el embajador de España en París, José Félix de Lequerica, con un estudiado plan de secuestro para conseguir trasladar a Manuel Azaña a España y ser fusilado, como ya había ocurrido con Lluís Companys, Presidente de la Generalitat catalana. Sin embargo la muerte se adelanta a sus propósitos; la noche del 3 al 4 de noviembre Azaña fallece en su habitación de la primera planta del Hotel de Midi. Tenía 60 años. Dos días más tarde sus restos son transportados hasta el cementerio local envueltos en la bandera mexicana ante la prohibición de las autoridades francesas de poder utilizar la bandera republicana.

En 1958 la Real Academia Española, por iniciativa del duque de Maura trató de repatriar los restos de Don Antonio Machado para trasladarlos al Espino de Soria, junto a su mujer Leonor. Su hermano José, compañero de exilio y residente por entonces en Santiago de Chile se negó rotundamente. Diez años más tarde la Guardia Civil cargaba ferozmente contra un grupo de poetas e intelectuales que pretendían homenajear a Don Antonio Machado en Baeza con la colocación de una cabeza en bronce del poeta realizada por el escultor Pablo Serrano.

En 1990 la Universidad de Toulouse organizó en Montauban un Coloquio Internacional con el título de “Azaña et son temps” y en el que intervinieron, entre otros, Jorge Semprún, Juan Marichal, Michael Alpert, Santos Juliá, Antonio Elorza, Paul Aubert, Manuel Tuñón de Lara y Manuel Martínez Azaña que cerró las jornadas recordando en su intervención las palabras de su tío abuelo Don Manuel Azaña: “Mi cuerpo pertenecerá a la tierra donde cayera muerto”. Algunos meses más tarde, con motivo de la publicación de aquellas ponencias, Francisco Tomás y Valiente publicaría un extenso artículo en la revista *Sistema* y en el que, al analizar la intervención de Martínez Azaña, escribía:

“Si allí murió [Azaña], allí deben permanecer sus restos y su tumba, no sólo —que ya sería bastante— porque él así lo quiso al decir que su cuerpo perteneciera a la tierra donde cayera muerto, sino también porque para la memoria colectiva de nosotros los españoles es bueno que se sepa siempre dónde y por qué están enterrados Azaña y Machado o los miles de prisioneros políticos anónimos que fueron a dar con sus huesos en Mauthausen. Recuperemos su figura y su obra, pero no su polvo” (Tomás y Valiente, 1995: 12).

*Los españoles en guerra*

Afirma Santos Juliá que "...el trayecto recorrido por Azaña a lo largo de la República se podría definir como la conquista del poder por la palabra hasta llegar a la soledad de la razón desposeída" (Juliá, S, 1980: 269).

Frente a su obra literaria, irregular e incompleta, la fuerza oratoria de Manuel Azaña no llegó a ponerse en duda ni siquiera por sus enemigos. Sus intervenciones parlamentarias eran seguidas con igual pasión dentro y fuera de las Cortes. Uno de sus *Discursos en campo abierto*, concretamente el del 20 de octubre de 1935 en el campo de Comillas de Madrid, llegó a batir todos los records de asistencia hasta aquella fecha.

Antonio Machado comenzó a publicar en 1934, primero en el "Diario de Madrid" y después en "El Sol", las sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo que aconsejaba a sus alumnos —entre otras cosas— que no escribiesen, "porque lo importante es hablar y decir a nuestro vecino lo que sentimos y pensamos" "Juan de Mairena" fue editado como libro en 1936, apenas un mes antes de declararse la guerra.

En 1939 el autor de *Juan de Mairena* pone prólogo al libro de la palabra de Manuel Azaña. "Los españoles en guerra" recoge los cuatro últimos discursos del Presidente de la República. El primero, pronunciado en el Ayuntamiento de Madrid en noviembre de 1937, es todo un canto de homenaje al heroísmo del pueblo que sufre de forma tan desgarrada las consecuencias de la guerra; el último, pronunciado en el Ayuntamiento de Barcelona el 18 de julio de 1938, es su estremecedora despedida con aquel "Paz, piedad y perdón".

Escribía Machado en el prólogo: "Estos discursos han sido pronunciados en los momentos más arduos, más decisivos y acaso más gloriosos de nuestra vida. Algún día serán leídos como esencialísimos documentos históricos"

Los dos libros de aquellos hombres que quisieron redibujar y regenerar las líneas de su país, también se perdieron con el exilio. Recuperados ahora, "Juan de Mairena" (es decir: Machado) nos invita a leer la palabra de Manuel Azaña.

## BIBLIOGRAFÍA

Azaña Díaz, Manuel (1904): *La vocación de Jerónimo Garcés, en Azaña*: en Idem: "Obras completas", Edición de Santos Juliá, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales/Taurus, Madrid, 2008, volumen 7.



- Azaña Díaz, Manuel (2000): *Diarios Completos: Monarquía República y Guerra Civil*, Editorial Crítica.
- Azaña Díaz, Manuel (2021): *El jardín de los frailes*, Nocturna ediciones, colección "Noches Blancas", nº 43.
- Azaña Díaz, Manuel (1987): *Fresdeval* (Novela), Valencia, Editorial Pre-Textos.
- Azaña Díaz, Manuel (1990): *El problema español y Apelación a la República*, Editorial Aguilar.
- Azaña Díaz, Manuel (1998): ¡Todavía el 98!, Editorial Biblioteca Nueva.
- Azaña Díaz, Manuel (2005): *Vida de Juan Valera*. Edición de un manuscrito inédito de Manuel Azaña. Edición, estudio y notas de Antonio Martín Azpeleta, Cabra, Ayuntamiento de Cabra, "Colección Valera".
- Azaña Díaz, Manuel (1970): *Ensayos sobre Valera*, Alianza Editorial.
- Azaña Díaz, Manuel (2017): *La velada de Benicarló. Diálogo de la guerra de España*, edición de Manuel Aragón, editorial Edhasa.
- Azaña Díaz, Manuel (1982): *Los españoles en guerra*, editorial Crítica.
- Azaña Díaz, Manuel (1967): *Obras completas*, edición de Juan Marichal, México, editorial Oasis, 4 volúmenes.
- Barea, Arturo: (2012): *La forja de un rebelde*, Debolsillo.
- Juliá, Santos (1990): *Manuel Azaña: la razón, la palabra y el poder*, en Serrano, V. A., y San Luciano, J.M. (eds.): "Azaña", Alcalá de Henares, Ayuntamiento; Fundación Colegio del Rey.
- Malroux, André (2002): *La Esperanza*, Ediciones El País.
- Meragalli, Franco (1990): *Manuel Azaña*, en SERRANO, V. A., y San Luciano, J.M. (eds.): "Azaña", Alcalá de Henares, Ayuntamiento; Fundación Colegio del Rey.
- Tomás y Valiente, (1995): "Azaña, su tiempo y el nuestro", en *Sistema*, nº 124, páginas 5-12.
- Varela, Juan (2006): *Pepita Jiménez*, Editorial Cátedra.